

**AGUSTÍN FERNÁNDEZ MALLO**

**La forma de la multitud (capitalismo, religión, identidad)**

Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2023.

**BERNAT CASTANY PRADO**

UNIVERSIDAD DE BARCELONA

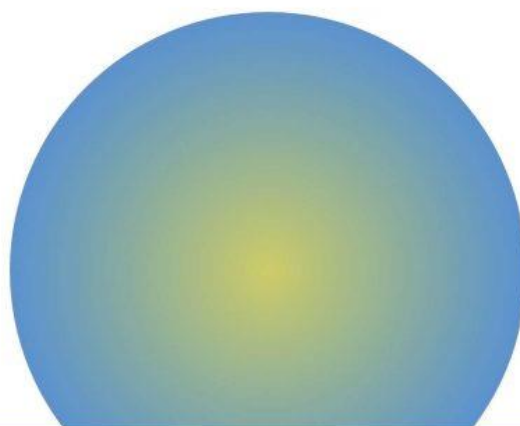
## El capitalismo como cultura

Cuando los colonos ingleses proponían a los indios norteamericanos comprarles sus tierras, éstos solían responder, perplejos, que, al igual que el aire o el mar, las praderas no se podían comprar ni vender. La historia, que es una maestra severa, se encargaría de enseñarles, en sus propias carnes, el significado de lo que Marx llamó “subsunción de la realidad en el capital”, una expresión que designa el proceso en virtud del cual cada vez más ámbitos de la realidad son transformados en mercancía. No es extraño, pues, que Todorov afirme, en *La conquista de América*, que lo que sucedió en América no fue un choque de civilizaciones, sino un choque de etapas económicas. Quizás nosotros seamos los últimos mohicanos de una etapa económica en la que las praderas de la intimidad, la

Agustín Fernández Mallo

## La forma de la multitud

(capitalismo, religión, identidad)



I Premio de Ensayo Eugenio Trías

Galaxia Gutenberg



identidad o la visibilidad aún no habían sido plenamente mercantilizadas.

Lo cierto es que, poco a poco, el capitalismo ha pasado de ser un mero sistema económico y una mera opción política, para transformarse en una cultura, en el sentido más amplio del término, esto es, en la forma en que vivimos, convivimos y morimos. Hasta no hace mucho, los sacramentos católicos conformaban toda la existencia. El nacimiento, el paso a la vida adulta, el matrimonio, la vida comunitaria, la vida interior y la muerte eran organizados por los sacramentos del bautismo, la confirmación, el matrimonio, la eucaristía, la penitencia y la unción de los enfermos.

Todas estas funciones han sido asumidas, hoy en día, por el capitalismo, que ha pasado a ser el aire (contaminado) que respiramos. Invisible por su carácter omnipresente e interiorizado, como el agua para los peces, cada vez nos cuesta más ver al capitalismo. De ahí la despolitización de unos ciudadanos que flotan en el líquido amniótico del capitalismo; la patologización de las víctimas de un sistema enfermo; la ansiedad de unos individuos a los que el mundo digital somete a una luz de gas (o de led) permanente; y también nuestra triste impotencia. Resulta, pues, necesario ensayar nuevas formas de percibir, reformar o combatir el capitalismo. Para todo lo cual puede resultar extremadamente útil un libro como *La forma de la multitud* (Galaxia Gutenberg, 2023), de Agustín Fernández Mallo, ganador del I Premio de Ensayo Eugenio Trías.

El libro consta de tres partes que se ocupan de tres subtipos particulares del capitalismo, que, según el autor, constituyen todo “el espectro del capitalismo”, en general: (1) El capitalismo monetario, que sería el capitalismo al que solemos referirnos habitualmente con el término “capitalismo”, que designaría un sistema económico, surgido en los primeros siglos de la modernidad, que habría ido ganando en complejidad y amplitud, hasta lograr una mercantilización profunda de la realidad. (2) El capitalismo de tiempo infinitesimal, que sería un nuevo tipo de capitalismo, que, fruto de la conjunción de la digitalización de la realidad y del análisis masivo de los datos estadísticos, encarnado, por ejemplo, por el modo que tienen de operar millones de robots o de bots con el *big data*, y que ha logrado mercantilizar dimensiones hasta entonces inimaginables de la realidad, como el tiempo, el espacio y la intimidad. (3) Y el capitalismo antropológico, que sería un tipo de capitalismo antiguo, tan antiguo, que se confunde con la condición humana misma, y que, según el autor, sería el fundamento de los otros dos.

En la primera parte, dedicada al capitalismo monetario, se realizan interesantes consideraciones acerca de las semejanzas entre el capitalismo y la religión. Tras remitirse a las consideraciones de Max Weber, en *El espíritu protestante y los orígenes del capitalismo*, donde se afirma que el capitalismo es el resultado de una secularización del cristianismo, en su versión protestante, Fernández Mallo se centra en las consideraciones de Walter Benjamin, quien, en *El capitalismo como religión*, presentó el capitalismo como un hecho religioso absoluto, que practica su culto todos los días del año, sin apenas descanso, transformando la vida en un ritual pseudo-religioso permanente, cuyo objetivo no es expiar culpa alguna, sino

producir más y más culto. Para este capitalismo religioso no hay posibilidad de redención, porque siempre se requieren más y más réditos del cielo. Eso sin contar que, como el dinero se ha quedado sin una referencia fija —el patrón oro, por ejemplo—, ahora vaga por la red de los mercados bursátiles, y evoluciona sin otra premisa que la fe en la supuesta estabilidad del estado psicológico del sistema financiero. También reflexiona, al modo hegeliano, acerca de la posibilidad de ver el cristianismo y el comunismo, no como dos negaciones del capitalismo, sino como dos oposiciones que éste habría necesitado para producir nuevas mutaciones que lo habrían hecho exponencialmente resistente. Son las célebres “tragaderas del sistema”, que le habrían permitido al capitalismo monetario reciclar en su beneficio sus propios fracasos, incluyendo los fallidos experimentos de la economía de total libre mercado. (Véase al respecto *La doctrina del shock*, de Naomi Klein.)

Fernández Mallo también reflexiona sobre cómo, en los últimos estadios del capitalismo monetario, el ocio ha pasado a convertirse en un modo de trabajo más. Claro que esto no es exclusivo del mundo capitalista. En el mundo soviético, por ejemplo, la actividad, fuera y dentro de los centros de trabajo, era contemplada como continuamente gratificante, porque, no sólo servía para producir bienes de uso, sino también para producir ideología de partido. La consigna histórica, dice el autor, era producir moral a destajo las veinticuatro horas del día, con la satisfacción de estar empleando bien tu tiempo. Algo semejante sucede en los últimos estadios del capitalismo monetario, y en los primeros del capitalismo de tiempo infinitesimal, en los que también se trabaja las veinticuatro horas del día, pero ahora con la sensación de que se trata de esparcimiento, de ocio. El capitalismo monetario cumpliría, de este modo, la regla de no destruir a sus oponentes, sino fagocitarlos, poniéndolos a trabajar en su beneficio. No ayuda poco la red, que es como una especie de éter económico y emocional, que impregna y dirige todas las actividades domésticas.

Según el autor, el ocio sería un nuevo aspecto, quizás un nuevo ritual, de esa “religión capitalista” de la que hablaba Walter Benjamin. Recordemos que, para Benjamin, el capitalismo era la más perfecta de las religiones, porque su culto se realizaba mediante el trabajo, que debía practicarse todos los días, de modo que, paradójicamente, excepto los domingos, todos los días son festivos para la religión capitalista. Según el autor, Benjamin no podía imaginarse que, un siglo más tarde, el ámbito doméstico se vería atrapado hasta tal punto en la religión capitalista, que adquiriría una refinadísima forma en el ocio, tal y como apunta el hecho de que la oficina de trabajo se haya instalado en las viviendas, espacio de juego y descanso por antonomasia desde el origen de la humanidad.

También son muy interesantes las consideraciones de Fernández Mallo sobre la intimidad, que no entiende tanto como un entorno solitario, exclusivamente individual, sino, más bien, como un entorno relacional, de confianza compartida con los otros. De algún modo, quien siempre está solo, puede que tenga privacidad, pero no intimidad. Porque la soledad absoluta carece de afectos, que solo pueden emerger entre quienes se reconocen, no únicamente como iguales, sino

también como cómplices. El problema residiría en que la red ha invadido nuestra vida analógica, filtrándose en territorios que hasta ahora se hallaban a salvo. Además, el capitalismo actual concibe una única clase de intimidad. Esto es, la que cada sujeto establece con el mercado, por vía del ocio, que se ha transformado en una selva de datos, en la que el Yo estadístico es formado por la estela digital que dejamos a lo largo de nuestra vida. La pérdida de un hábitat realmente íntimo en el que sentirse a salvo de las fuerzas de lo oculto estaría provocándonos una sensación de inseguridad vital permanente. Pero hay algo más. Y es que, en esas condiciones, resulta cada vez más difícil encontrar un rostro otro con el que intimar, cuando la propia identidad necesita de la otredad para constituirse. No se trata sólo de que “ser es ser percibido”, como diría Berkeley, sino también de que “ser es ser contradicho, contrastado o limitado”. La burbuja cognitiva no es, pues, sólo un problema epistemológico o político, sino también ontológico. No podemos ser si los demás son sólo un reflejo de lo que (aún no) somos.

El autor dedica la segunda parte a lo que denomina “capitalismo de tiempo infinitesimal”, que designaría un nuevo estadio del capitalismo, en el que el capital ha aprendido a poner a trabajar en su favor la digitalización del mundo. Así, a las dos clases de masas invisibles que, según Elías Canetti, toda comunidad arrastra. Esto es, la masa de los muertos, que siguen de algún modo presentes, y la masa de los humanos futuros, para los que preparamos un legado, se le sumaría la masa compuesta por la legión de nuestros yoes estadísticos. Y es que, según el autor, nuestra identidad ha pasado a construirse desde fuera. Esto es, de forma heterónoma, a través de cientos y miles de informaciones en las que cada uno de nosotros aparece fragmentariamente descrito. Todas estas informaciones constituirían una suerte de volcado, no solo de nuestro cerebro, sino también de nuestra vida, que le habríamos cedido para que tomen decisiones por nosotros. La identidad habría dejado de ser aquel núcleo cerrado y subjetivo que emergía de lo que cada cual pensaba acerca de sí mismo, para transformarse en una identidad estadística, que emergería de la suma e interacción mutua de todas esas informaciones, que, no sólo no controlamos, sino de cuya existencia ni tan siquiera tenemos ni tendremos conocimiento, y que, además, entra en relación con lo que los demás dicen que somos. Nuestra identidad, continúa, está conformada de “polvo de datos”. Todo lo cual crea una nueva antropología, que sería una amalgama de la humanidad, hasta ahora conocida con una humanidad paralela, formada por *bots*, que manejan nuestros metadatos fingiendo ser nosotros.

En la tercera parte, Fernández Mallo se ocupa del capitalismo antropológico, que sería tan antiguo, que hemos olvidado incluso que existe. Tan antiguo, que se confunde incluso con la misma condición humana. El capitalismo antropológico hundiría sus raíces en el sentimiento de falta que comparten todos los seres. No una falta moral, claro, aunque la coincidencia resulta sumamente interesante. Sino una falta ontológica, un sentido permanente de incompletitud, que hace que el ser humano sienta que le falta algo, aunque no sepa exactamente qué. Según el autor, esa carencia siempre ha estado ahí, y es la que ha producido esa clase de capitalismo de onda larga, al que llama “capitalismo antropológico”, cuya función,

o destino, sería tratar de completarla. Todo lo que este tipo de capitalismo produce son prótesis de la falta. La posesión, el prestigio, el poder, la dominación... serían fantasías compensatorias que tratan de restañar esa falta original. Prótesis que jamás podrán ser satisfactorias, por la sencilla razón de que la falta es consustancial al ser humano. Más. Frente a la naturaleza incompleta del lenguaje, también generamos un lenguaje metafórico, que sería un intento de presentarnos como seres completos y perfectos. Así, a diferencia de los animales, las máquinas y los objetos, a los que no les falta nada, y expresan en su entorno físico, y en todo momento, exactamente lo que tienen que expresar, el ser humano siempre necesita decir o hacer o ser o tener algo más. De algún modo, en el capitalismo antropológico, la ganancia no es meramente económica, sino fundamentalmente ontológica. Busca suplir una falta constitutiva. El capitalismo antropológico no es, pues, utópico. Porque no mira hacia el futuro, sino siempre hacia el pasado, hacia la falta original. Tanto es así, continúa Fernández Mallo, que las tres utopías que han dominado el pensamiento occidental, esto es, el cristianismo, el comunismo y la economía libre de mercado, parecen oponerse al capitalismo antropológico. Pero, aunque el capitalismo antropológico avance infinitamente, y sin pensamiento utópico, esto es, sin pensamiento teleológico o finalista, sino que siempre corre de espaldas, como un anti-Orfeo, con los ojos clavados en la falta original, eso no impide que produzca un tiempo que sí es infinito y productivo: el tiempo de los otros dos tipos de capitalismo. De hecho, que el capitalismo antropológico perdure, y constituya una especie de bajo continuo o piedra basal de los otros dos tipos de capitalismo, ya que es constitutivo al ser humano, no impide que el coyuntural capitalismo monetario, y su apogeo digital, se hayan vuelto hegemónicos.

Cabe preguntarse si el hecho de que el capitalismo antropológico forme parte de la misma condición humana hace que resulte imposible luchar contra él. ¿Se puede hacer algo contra eso que Isaiah Berlin no dudaría en llamar “el fuste torcido de la humanidad”? ¿Es posible, aunque sea, reformarlo, apaciguarlo o canalizarlo, para poner a trabajar ese sentimiento de incompletitud en una dirección constructiva? ¿O lo único que podemos hacer es asentir? Pero si nos reducimos a eso, ¿nos pasará como a aquel hombre que decía: “Todo el mundo habla del paso del tiempo, pero nadie hace nada al respecto”? En cierta ocasión le preguntaron a Woody Allen qué pensaba de la muerte, y éste respondió: “Estoy totalmente en contra.” ¿Lo único que podemos hacer es estar en contra del capitalismo antropológico sin hacer nada al respecto?

La falta de la que habla Fernández Mallo me recuerda a aquel “aguijón invisible” del que habla Lucrecio, en su *De la naturaleza de las cosas*. Un aguijón que no es, ni más ni menos, que el miedo, que nos hace correr, y saltar, y patear, como un caballo hostigado por un tábano. Porque, según el poeta romano, ese miedo es el origen de la hiperactividad de los hombres. Las guerras, los robos, el comercio, la codicia, los proyectos, los engaños, las invenciones... toda esa actividad incesante no sería más que un modo desesperado, y contraproducente, de huir de ese miedo.

A mí me parece que el miedo de Lucrecio se puede asimilar al sentimiento de falta o carencia, que Fernández Mallo presenta como un elemento estructural del “capitalismo antropológico”. Porque no sólo tememos dejar de ser algún día, sino también no estar siendo ahora. Y, del mismo modo que Lucrecio acepta el carácter inevitable del miedo, pero no se resigna a él, sino que le opone la doctrina epicúrea, que es una física con implicaciones éticas y políticas, Agustín Fernández Mallo nos presenta una física del espectro capitalista, a partir de la cual podemos pensar nuevas formas de resistir y de actuar.

Se trata, en definitiva, de un ensayo interesante, brillante y denso, repleto de analogías iluminadoras que desafían con éxito la incomunicación de las esferas del saber. Un libro que nos permite poner palabras a lo que apenas sabemos intuir, y que propone un concepto que me parece fundamental para elevar nuestras reflexiones, normalmente superficiales, sobre el “capitalismo” o el “neoliberalismo”, como es el de “capitalismo antropológico”.